



Hasta siempre, Diego Barros Ortiz

En el mausoleo N°2 de la FACH, situado en la calle 2° de Tilos del Cementerio General, dimos sepultura, el viernes 28 de diciembre, día de los Santos Inocentes, al poeta, periodista, académico y amigo Diego Barros Ortiz (1908-1990). No era Diego Barros, por de pronto, un escritor común y silvestre. Nos llevaba una ventaja. Era general del aire, título —creo yo— que no se extingue ni siquiera por mediación de la muerte. De esta forma, no hablé aquí del "ex" de aquello o de lo otro.

Sin hacer esfuerzos sobrenaturales, nos encontramos de la noche a la mañana con que Diego Barros Ortiz no sólo encarnaba en vida la tradición heroica del hombre sustentada por Kipling; al mismo tiempo, y como contrapartida a tanto desello del destino, debía ocultar discretamente, bajo la máscara de la común sencillez, de la comunicación fructuosa y gozosa, las fuerzas de que lo había armado la providencia.

La tarde de sus funerales tuvimos ocasión de contrastar de memoria y de voz momentos distantes: el trato cordial y risuoso con que se expedía en el recinto de la Academia Chilena de la Lengua, a partir de su arribo a ella por votación amplísima en 1975, y el marcado solemnidad de respeto por los valores de una larga tradición militar prevaleciente en la hora de su exequias. Es cierto que en esta postrera oportunidad Diego Barros Ortiz no estaba ya ahí para darnos como saludo esos reconocidos golpes en el pecho. Sin embargo, estaba ahí. Todos lo sabíamos. Por algo cuando le llegó el turno de su discurso a Angel Cerutti, autor de la música del himno "Camaradas", esa noble y conmovedora pieza de artilería de la Fuerza Aérea de Chile, pieza en cuya construcción Diego Barros Ortiz —como aviador y como poeta— aportó nada menos que el orden de la letra, la emoción varió suspendiéndose angustiosamente la vista de la causa.

Escritores, académicos, periodistas (salvando entre estos últimos a los encargados de la información), cero. Brillaban por su ausencia. ¿Cómo explicar el carácter de la defunción? Diego Barros Ortiz había prestado vívidas y extensas contribuciones al gremio de los escritores. Nunca reparó, para ayudar, en la condición social, el signo político o la teoría estética del momento. En tiempos de grave "cerrazón" política, como el hubiese escrito, sin ir más lejos, el narrador Manuel Guerrero Rodríguez y el poeta Florinda Pérez, antes de la mismísima Sociedad



Oscar Castro: recuerdan la presencia del minero en su obra.

de Escritores de Chile en pleno, pudieron dar crédito de la cuantía de sus desvelos. ¿Por qué, aparte de quien apunta estas líneas, no hubo escritores presentes en los funerales de un colega al que las instituciones literarias debían tanto? ¿Acaso por el hecho de ser Diego Barros Ortiz un hombre de armas? Pero si Cervantes fue un hombre de armas. Me explico el detalle de la ausencia por el desconcierto que el tema de la tradición todavía suscita entre muchos intelectuales. "Todo lo que no es tradición es plagio", escribía Eugenio d'Ors, o *Xenbu* u Octavio de Romera, como se quiera. La vida, que conocemos desde el punto de vista científico, biológico o molecular, no es sino un fabuloso ensayo de tradición del ADN. ¿Por qué, entonces, el empeño en el desprecio y la desconfianza?

Hoy por hoy, digámoslo de viva voz, hay que devolverle la gloria a Kipling. Si bien la política de Kipling es aristocrática y ascética, según observa Maurois, la política de nuestro incomparable aviador puede ser democrática y hasta dionisiaca llegado el caso. Al frente del Colegio de Periodistas de Chile, lo recordarán muy bien sus colegas de los críticos años 80, empleó a fondo el buen sentido de la tradición para conjurar el peligro de un colapso casi seguro. Y en la Academia Chilena de la Lengua, así junto al profesor Rodolfo Ortiz como al lado del doctor

Alcjandro Gurreñón, de monseñor Fidel Arancibia Bravo o del maestro Roque Esteban Scarpa, su extraordinario y disciplinado afán de servicio, mientras tuvo la compañía de la salud, quedó en alta estima.

Magníficos, emocionantes los honores militares con que este hombre sin desmayo entró en la cripta. La calidad de la ceremonia, la presencia del Ministro de Defensa, la de los jefes de la Fuerza Aérea y de Carabineros de Chile solemnizaron el acto. La tradición conservará el nombre de Diego Barros Ortiz como el del escritor que alcanzó a ser de veras, más allá de los sueños, General del Aire.

EL MINERO EN OSCAR CASTRO

Este libro, escrito por René Leiva Berrios, llegó virtualmente caminando por sus propios pies a mi casa. Vivo más bien lejos. ¿Lejos de quién? Lejos del padrino literario de "El minero de Oscar Castro", el novelista Gonzalo Drago. Drago vive en La Reina. Vivo en Las Condes. Una mañana, no hace mucho, hacia eso del mediodía, el autor de "Cobre", que cuenta ya más de ochenta, apareció en la puerta de mi casa. Me sorprendió. Gonzalo Drago es poeta, crítico, no por falta de ánimo, del antillano moderno del automóvil. Por un momento tuve la sensación de verlo caminando, bajo el sol inclemente del verano, desde su casa de La Reina. No pude evitar la pregunta. Era la primera vez:

—¿Y cómo?

—En locomoción colectiva.

Di un suspiro de alivio.

Invité a Drago a tomar un poco de sombra.

El libro versa, obviamente, sobre asuntos del poeta y novelista rancagüino Oscar Castro. Escribe un prólogo del estirado dramaturgo chileno Fernando Cuadra. En este prólogo, Cuadra dice que "hay empuja y, sobre todo, amor por la ciudad y no entorno geográfico" en la obra dedicada por René Leiva Berrios a rescatar la figura del trabajador minero en la biografía de Oscar Castro.

René Leiva Berrios comienza su ensayo de modo peregrino: "Paréciera que mis torpes pies van moviéndose en un acompañado ritmo por las callejuelas del poblado en la proximidades de los años de 1930 y todo se hubiera conservado de la misma forma en que se grabó perpetuamente en mi mente...". Y más adelante: "En reciente recordación, Gonzalo Drago nos señalaba que Rancagua era una ciudad chata, de pobre edificación, con las ca-



Fallaron los amigos en el adiós al destacado escritor, periodista y académico que también fue General del Aire.

lles Brasil e Independencia abiertas por profundas excavaciones para el alcantarillado y el agua potable. Era un espectáculo lastimoso. El lodo, formado por las lluvias, cubría la calzada y trepaba hasta las aceras salpicando a los desesperados transeúntes...".

En fin, otra novela. O cuando menos otro libro.

El título, lo contrario de un prodigio de fortuna, no dice tanto del libro como lo que el libro dice de Oscar Castro. Los lectores de Oscar Castro, los admiradores del autor de "Llampe de sangre" tendrán ocasión de verse las con elementos novedosos en su manejo de biografías y bibliografías más o menos rituales del notable poeta rancagüino. Hombre que domina la materia de que habla, René Leiva Berrios, no obstante los notorios errores de impresión del volumen, observa y discute como el más leal de los observadores. Por ejemplo, en la página 51 da cuenta de esta forma del amor por la libertad que entrañaba la vocación de Oscar Castro: "El alto concepto de la libertad es una característica del poeta. Para él, el hombre desarrolla sus actividades y convive con la naturaleza, pues de otra manera no podría contemplar la belleza que debe rodearlo tal como debió conservarse desde los orígenes de éste (el hombre) en la tierra".

Se podría, en verdad, pasar todo el tiempo hablando acerca de Oscar Castro, de los minerales que rodean la ciudad de Rancagua y de la ciudad de Rancagua. La obra de René Leiva Berrios invita a una nueva exploración del tema.

• Filebo

Hasta siempre, Diego Barros Ortiz [artículo] Filebo.

Libros y documentos

AUTORÍA

Filebo

FECHA DE PUBLICACIÓN

1991

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Hasta siempre, Diego Barros Ortiz [artículo] Filebo. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile